

ve usted que mi Jesualdo sabe ser obsesivo...

Agust. Reniego yo de semejantes obsesivos y de quien me los hace.

Voces. (Dentro.) ¡Viva don Agustín! ¡Viva!

Nic. ¡Ah! con que ¿usted...? Pues yo creía...

Agust. ¿Es esta la tranquilidad que yo buscaba?...

Nic. (A Jesualdo.) Tiene razón. Venir ahora con ese estrépito... Los vivos, pase; pero los escopetazos...

Agust. Ni uno ni otro.

Jes. ¿Toma! ¿Con que en igual de...?

Nic. ¡Calla!

Voces. ¡Viva don Agustín!

Agust. ¡No acabarán...!

Nic. Deje usted: yo les diré á esos ganosos por el balcón...

Agust. ¡No! Esté usted quieta. Ellos no tienen la culpa... (Dando dinero á Isabel.) Toma, niña. Dale eso para que beban á mi salud y díles de mi parte que me hagan el gusto de retirarse; que estoy delicado y necesito descansar.

Isab. Bien, bien. Voy corriendo.

### ESCENA XI.

Don AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

(Siguen en la calle los vivos y la algarazara.)

Nic. ¿A qué hora quiere usted comer?

Agust. A las tres.

Nic. ¿Y qué le apetece á usted...?

Agust. Cualquier cosa.

Nic. ¿Le gustan á usted las...?

Agust. Lo que me gusta ahora es que me dejen ustedes en paz y solo.

Nic. Vamos, vamos...

Jes. (A su tía yéndose.) ¡El demonio del...!

Nic. ¡Calla!

### ESCENA XII.

Don AGUSTIN.

Mucho temo haber errado mis cálculos... (Suena otro tiro.) ¿Qué tal; eh? ¡La in-

dependencia!... (Al entrar en su cuarto don Agustín se repiten los vivos y suena una descarga.)

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

JESUALDO.

(Aparece sentado á una mesa de escritorio. — Habrá otra con mantel extendido y dos cubiertos, y un velador con algunos platos.)

Si esta carta no ablanda su corazón digo que es de piedra berroqueña. Una vez que mi tía me aconseja que haga la rueda á Isabel, desde que ha barruntado que es el ojo derecho de don Agustín, no te hagas de pencias, Jesualdo. Ya la he dicho dos ó tres piropos de refilon, y así me ha hecho ella caso como por los cerros de Ubeda. No estante, volveremos á la carga, que pobre mendrugo...; digo, pobre importuno... Apelemos á las cartas... Mi fuerte es la escritura. (Repasando una carta que acaba de escribir.) — «Eem... Eem... Eem...» ¡De perlas! — «Uum... Uum...» ¡Guapo! — «Eem...» No cabe más. Ni el domine la hubiera notado mejor. — Firmaré. (Escribiendo.) «Jesualdo Corvejón.» — Doble la esquila... (Lo hace.) Planto el sobrescrito. (Escribiendo.) «A Isabel Díaz.» (Se levanta.) ¡Listo! A la primera... conjetura que se me presente... ¡Ah! Ella sube. Guardo el documento.

### ESCENA II.

ISABEL, JESUALDO.

(Isabel trae una cesta con platos, vasos, etc., para acabar de cubrir la mesa.)

Jes. ¡Salud, reina mía! ¿Quiere usted que eche una mano?

Isab. Gracias. No es menester. (Va colocando el servicio de mesa.)

Jes. ¡Huy! No vasos del tabaque, sino piedras del río sacara yo con los piños si te diese á ti la humorada de mandármelo, cuerpo bueno.

Isab. Yo no necesito criados. (Pues ¿no ha dado en perseguirme este moscardón?)

Jes. Es que sería mucha lástima que esas manecitas de... (Va á tomarle una y recibe un bofetón.)

Isab. ¡Quite allá!...

Jes. ¡Ay!... ¡Desgradecida! (¡Vaya un sopapo de mi flor!)

Isab. ¡Haya mastuerzo, insolente...!

Jes. Vaya, hija, no te amohines. Era una broma...

Isab. Yo no gusto de esas bromas, ni le he dado á usted pié para ellas. ¿En qué pesebre hemos comido juntos?

Jes. ¡Ba! no riñamos. Otra vez será. Ya caerás de tu asno. ¡Sobre que me has de querer al fin y al postre!... (Poniendo la carta en la cesta sin verlo Isabel.) (Dejo aquí el recado y tomo el tole.) ¡Adios, cara de rosa! (¡Vaya un modo de santiguar!)

### ESCENA III.

ISABEL.

El tal Jesualdo es el mayor cernicalo... Sentiré verme en la precisión de decir á su tía que le ponga trabas. — Acabemos de... ¿Qué veo? Una carta en la cesta... (La toma y lee el sobre.) ¡Es para mí! ¿Quién...? ¿Será suya...? ¡Bien por Dios! Me ha tomado por su cuenta... Veamos las sandeces que me escribe... ¡No! Le hago demasiado favor en leer la carta y podrá presumir... Se la volveré sin abrirla... ¡Ah!

### ESCENA IV.

ISABEL, Don AGUSTIN.

Agust. ¡Hola, Isabel!... ¿Es para mí esa carta?

Isab. (Ya la ha visto. Le diré la verdad.) No, señor; es para mí, si el sobre no está equivocado.

Agust. ¡Oiga! ¿Con quién te carteas tú?

Isab. Con nadie de este mundo. Esta es la primera carta en que leo mi nombre.

Agust. Será de algun amante...

Isab. Sospecho que sí.

Agust. ¿Cómo?...

Isab. Si puede amar semejante avestruz.

Agust. ¿Luego ya tienes algun antecedente...? ¿Quién piensas tú que sea el autor...?

Isab. Jesualdo.

Agust. ¡Ese gánapiro!

Isab. Ha dado en decirme chicleos...

Agust. Que tal vez no te habrán disgustado.

Isab. Usted lo va á ver. (Va á romper la carta y don Agustín la detiene.)

Agust. ¡No! ¿Qué haces? Quisiera ver el estilo epistolar de ese mancebo. Dámela...

Isab. Tome usted. (Se la da.)

Agust. (Abriéndola.) (Si le amara Isabel no sería tan dócil.) Leamos.

(Lee.) «Mi mas estimada y sandunguera Isabel Díaz: despues de preguntarte por tu salud y demás con todo el respeto y contumelia que pide la usanza y manda la bula, paso á decirte que desde el momento y hora en que te columbré tan lozana y tan de rechupete, tus ojos me han hecho tilin y tu labia y tu intringulis me tienen descoyuntado. Así te lo especulizo de mi mano y puño, pues te aconsejo que te camelo con buen fin; y con esto no te canso mas, y Dios te guarde, y perdona la mala letra, los años de mi deseo, como lo desea con suspiros de azúcar y canela este desafortado espíritu q. b. t. m. y es por mar y tierra de todo corazón

JESUALDO CORVEJÓN.»

No ha nacido de madres un bribonzuelo mas necio y mas atrevido. Yo le aseguro...

Isab. No se irrite usted, señor don Agustín, que eso es dar importancia á un tonto que no la merece; antes debe usted reirse como yo de la graciosa carta que me ha escrito.

Agust. No es cosa de risa la temeridad con que se atreve á poner los ojos en tí. Pues ¡es cierto que estarías bien empleada...! Vé á decirle que venga aquí al momento; que yo le llamo.

Isab. Por Dios, no le diga usted nada. Va á pensar que yo soy una chismosa...; y á fe que, á no ser por la necesidad de justificarme, nada sabría usted...

Agust. Gastar contemplaciones con ese picaro es echar margaritas á puercos. Haz lo que te digo, ó creeré que no me has hablado con sinceridad.

*Isab.* Obedezco.

*Agust.* Que suba tambien su tia.

### ESCENA V.

DON AGUSTIN.

Cuanto mas veo y oigo á esa jóven, mas estimacion y mas interés me inspira. Pena me da el considerar que á no ser por una feliz casualidad ya estaria lejos de mí y para siempre. Ella es la única persona que hasta ahora me ha hecho grata mi mansion en este valle. Tan sencilla, tan despejada, tan humilde... ¡Oh! Como conserve tan buenas cualidades no echará de menos el patrocinio de mi hermana.

### ESCENA VI.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

*Nic.* Isabelita ha dicho que usted nos llamaba.

*Agust.* Sí, señora: para que usted tenga entendido y sepa ese caballerito que nada tiene que hacer en mi casa.

*Nic.* ¡Otro desaire! ¡Sea todo por Dios! Sentiré que alguna inadvertencia de mi sobrino...

*Agust.* Algo mas que inadvertencias son las tuyas.

*Nic.* Si lo dice usted por la salva de antes, él no lo hizo con malicia...

*Agust.* Lo digo porque yo no quiero zán-ganos á mi lado.

*Jes.* (Entre dientes.) Ni yo me he zafado de un dómíne para hocicar en otro.

*Nic.* ¡Calla!

*Agust.* ¿Qué estás ahí refunfuñando?

*Jes.* Nada. Pero es mucha gaita...

*Agust.* Vuélvete á Niebla, y cuando hayas aprendido, sinó la gramática, á lo menos á ser racional, podrás volver...

*Jes.* Eso de ir á Niebla, será lo que tase un sastre.

*Nic.* ¡Jesualdo!...

*Agust.* Como yo no te vea, mas que te vayas al infierno.

*Jes.* Es que yo no he venido aquí por su linda cara de usted, sino por la de mi tia.

*Nic.* ¡Chit!... ¡Maldecido!... Perdónele usted, que no sabe lo que se dice.

*Agust.* Eso es verdad.

*Nic.* ¡Deslenguado! ¡Mala crianza!... Pídele perdon... (Aparte á Jesualdo.) ¡Hum... borrico! ¿No sabes aquello de manos besa el hombre que quisiera ver cortadas?

*Agust.* No quiero yo que me pida perdon, sino que se vaya.

*Jes.* Ya se irán, ya se irán.

*Nic.* Sí, señor; y pronto; ahora mismo. (En voz baja.) Aguántate y no te apures. (Alzando la voz.) El amo tiene razon. Los amos tienen siempre razon. (Al oído.) Cuenta con tu tia. (Alto.) Vamos; despidete.

*Jes.* (Con mal modo.) ¡Abur! ¡Oh! como yo pueda, me las ha de pagar.)

### ESCENA VII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

*Agust.* Tiene usted un sobrino muy cuadrúpedo, sin adulacion.

*Nic.* ¡Qué quiere usted! La falta de trato y de... Lo que es su indole, es buena...

*Agust.* Podrá ser, pero lo dudo mucho.

*Nic.* Como usted le ha hablado con tanta severidad... No es decir que él no la merezca... hasta cierto punto...

*Agust.* ¡Nicanora!...

*Nic.* ¡Nada; no hay don!

*Agust.* Usted es su tia, y no extraño que le mire con indulgencia; pero yo que, entre otras cosas, me he alejado de Madrid por verme libre de mis sobrinos, no vengo con humor de sufrir á los ajenos.

*Nic.* Ya, ya me hago cargo...

### ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

*Isab.* La señorita doña Amparo, vecina nuestra, desea hablar á usted...

*Agust.* ¡Ah! Que pase adelante.

### ESCENA IX.

DON AGUSTIN, NICANORA.

*Nic.* ¡La sevillana! ¡Otra juventud! ¡Otra hermosura!... ¡Mala me he puesto!

*Agust.* No tengo el honor de conocer...

### ESCENA X.

DON AGUSTIN, NICANORA, AMPARO.

*Amp.* Caballero...

*Agust.* Sea usted muy bienvenida á favorecer mi casa.

*Amp.* Yo soy la favorecida.

*Nic.* (Mientras don Agustín ofrece á Amparo una silla y ambos se sientan.) (Me haré la remolona...)

*Amp.* Temo que mi visita sea inoportuna...

*Agust.* ¡Oh! de ningun modo.

*Amp.* Usted iría á comer... (Nicanora arregla la mesa.)

*Agust.* Todavía no; y en todo caso me haría usted mucho honor aceptando mi mesa. ¡Hermosa cara!

*Amp.* Muchas gracias, caballero. Yo no como nunca fuera de mi casa.

*Nic.* (No le ha parecido saco de nueces la Amparito.)

*Agust.* Dígame usted si puedo servirla en algo, lo cual me servirá de mucha satisfaccion.

*Nic.* ¡Miren el filósofo!...

*Amp.* Desearía hablar con usted á solas.

*Agust.* Nicanora, háganos usted la fineza de...

*Nic.* Entiendo. (¿Si querrá conquistarle...? Un clavo saca otro clavo... Y á todo turbio correr, mas vale ser destronada por esta que por la otra.)

### ESCENA XI.

AMPARO, DON AGUSTIN.

*Agust.* Hable usted. Ya estamos solos.

*Amp.* Soy huérfana y vivo con una tia mia, que no me acompaña por estar enferma, en una casita de campo muy inmediata á esta. Hace algunos meses que he venido á tomar posesion de una corta herencia, único resto de la fortuna de mi padre, comerciante de Sevilla, que de vuelta de Ultramar naufragó con un buque cargado de ricas mercancías. He sabido la llegada de usted y, como vecina, vengo á ofrecerle mis respetos.

*Agust.* Agradezco sobremanera la fina atencion de usted, y á haber sabido que residia en la vecindad tan apreciable dama,

me hubiera anticipado á visitar á usted, como era de mi obligacion.

*Amp.* Confieso que eso hubiera estado mas en el orden; sobre todo, siendo usted soltero, como acaban de decirme.

*Agust.* Sí, señora; y probablemente lo será toda mi vida. (Ahí va esa por si acaso.)

*Amp.* Tendrá usted, sin duda, mala opinion de las mujeres...

*Agust.* Nada de eso. Yo estimo y venero al bello sexo, como es justo; y si tuviese alguna prevencion contra él, la presencia de usted bastaría á desvanecerla.

*Amp.* Gracias.

*Agust.* (¿Qué embajada será está? Este-mos en guardia...) No desconozco los inconvenientes del celibato, pero soy muy zeloso de mi independencia y temo que me priven de ella los lazos del matrimonio.

*Amp.* En buen hora. No sé yo quien combata tan prudente propósito; ni ese es el objeto de mi visita.

*Agust.* Ni yo soy tan fatuo que pueda presumir... (No es coqueta; ¡milagro!)

*Amp.* Es el caso que convencida yo de mi inutilidad para dirigir la labranza, y sin medios para hacer productivas las heredades de mi pertenencia, he resuelto enajenarlas. Si las saco á pública subasta, escribanos y jueces y agrimensores devorarán la mitad de su escaso valor. Acaso podrá convenir á usted la adquisicion de esas tierras por lindar con las tuyas; le tengo por hombre de honor, y si quiere comprármelas...

*Agust.* Bien, señorita; yo pasaré hoy mismo á ponerme á los piés de usted y á los de su respetable tia. Veremos esas heredades... Aunque desde ahora opino que será mejor que usted las conserve, y si para ello necesita usted algun dinero, no tengo inconveniente en adelantárselo... sin interés alguno.

*Amp.* ¡Caballero!... (Es benéfico y generoso; ya no puedo dudarle ni arrepentirme de mi resolucion.) (Se levanta y tambien don Agustín.) Doy á usted infinitas gracias por tanta bondad: tomaré sus consejos y me atrevo á confiar á tan digno protector mi orfandad y mi inexperiencia.

*Agust.* Me permitirá usted que la acompañe...

*Amp.* ¡Oh! no lo consiento; ni hay necesidad de que usted se incomode. Abajo espera mi criado...

*Agust.* No replico.

*Amp.* Muy servidora de usted.  
*Agust.* Beso á usted los piés, señorita.

## ESCENA XII.

DON AGUSTIN.

Bella persona es la vecina, y á fe que en este rincón de España no esperaba yo verme rodeado de tantas seducciones. Esto es ya otra cosa que la serenata de pólvora y las brutalidades de Jesualdo.

## ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

*Nic.* (Poniendo sobre la mesa un platillo con aceitunas.) Son las tres. Cuando usted guste se servirá la comida.

*Agust.* Al instante.

*Nic.* (A la puerta del foro.) ¡Muchacha! ¡La sopa!

*Agust.* (Sentándose y tomando una aceituna.) De la reina; ¡bravo!

*Nic.* Y aderezadas por estas manos que, aunque me esté mal el decirlo...

*Agust.* Son exquisitas...

*Nic.* Favor que usted les..., que usted me hace. (No me invita á sentarme, aunque con esa esperanza hice poner dos cubiertos. Este hombre es un cafre.) (Llega Isabel con la sopera, que pone sobre la mesa, y una criada con otros platos, que deja sobre el velador.)

## ESCENA XIV.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL, UNA CRIADA.

*Nic.* ¿Quiere usted que le haga plato?

*Agust.* (Haciéndose el.) No es necesario. Agua es lo que quisiera...

*Nic.* Voy volando. No la he traído antes porque estuviera mas fresca.

## ESCENA XV.

DON AGUSTIN, ISABEL, LA CRIADA.

*Agust.* Ahora veo que hay dos cubiertos... ¿Sabes tú, Isabel, si había de venir algún convidado?

*Isab.* No, señor; como por parte de usted no haya de venir alguno...

*Agust.* (¡Ah, qué idea!... Voy á dar una lección al ama de gobierno.) Pues ese cubierto no ha de quedar desairado. Así como así, me da tristeza el comer solo... Acerca una silla, Isabel; me harás compañía...

*Isab.* Señor, tanta honra... Yo no debo...

*Agust.* Siéntate. Ya puedes suponer que no lo digo por cumplimiento.

*Isab.* Pero... ¡Si me da tanta vergüenza...!

*Agust.* ¿Por qué? Me darás mucho gusto en comer conmigo. Yo lo deseo, y si es menester, te lo mando.

*Isab.* (Tomando una silla y acercándola á la mesa.) Bien, señor. Yo estoy obligada á obedecer á mi amo. (Se sienta.)

*Agust.* Te haré plato. (Lo hace.)

*Isab.* No; yo misma... ¡Jesus! Me hace usted salir los colores...

## ESCENA XVI.

DON AGUSTIN, ISABEL, NICANORA, LA CRIADA.

(Llega Nicanora con otro principio en la mano derecha y en la izquierda una botella con agua.)

*Nic.* Aquí está el agua, que mas fresca no la bebe el rey; como que ha estado en el sótano... (Sorprendida al ver á Isabel comiendo con don Agustín, deja caer la botella. La criada acude á recoger los cascotes.) (¡Dios poderoso!...)

*Agust.* ¿Qué es eso? Ha roto usted la botella... ¡Voto á Cribas!...

*Nic.* Es que... La... Yo... Cuando... (¡No me queda mas que ver!)

*Isab.* (Queriendo levantarse.) Yo iré por otra...

*Agust.* ¡Quieta! (A la criada.) Anda tú, muchacha. (Vase corriendo la criada.)

*Nic.* (Dejando sobre el velador la fuente que trajo.) (¡Atroz insulto! ¡Horroroso despotismo!)

*Agust.* Veo, señora Nicanora...

*Nic.* Perdone usted, señor don Agustín; así se llama á las mujeres del estado llano. Yo, aquí donde usted me ve, soy doña por los cuatro costados.

*Agust.* ¡Ah! no lo sabía: Pues, señora doña Nicanora de mi alma, iba á decir á usted que aplaudo mucho su sincera reconciliación con esta niña.

*Nic.* ¡Yo!... ¿Por qué lo dice usted?

*Agust.* ¿Qué mas prueba que haber usted puesto en mi mesa otro cubierto para Isabel?

*Nic.* (¡Para ella! ¡Quisiera bramar!) Yo no soy rencorosa; pero si esa... señorita ha tenido la petulancia de creer que el cubierto era para ella, me ha atribuido una galantería de que estaba yo muy distante.

*Agust.* (¡Qué mosca tiene doña Nicanora!)  
*Isab.* El amo sabe muy bien que no he tenido semejante idea, y que ha necesitado hacerme muchas instancias para que yo aceptase un puesto que no me corresponde.

*Agust.* Cierto. Yo la he convidado, y espero que no me reprenderá usted por eso. (Vuelve la criada con otra botella de agua y la pone en la mesa.)

*Nic.* No, señor. Usted es el que manda, y aunque me degrada mucho una preferencia tan...

*Agust.* Tan absurda ¿eh?

*Nic.* No digo eso; pero, en fin, no esperaba yo que tan pronto... una favorita...

*Agust.* Vaya, no lo tome usted tan á pecho, doña Nicanora. (A Isabel.) ¿Qué va á ser de nosotros si hace dimisión? (La criada retira los platos soperos y pone otros.)

*Nic.* Si esa es una indirecta para despedirme...

*Agust.* ¡Ni por pienso! ¡Yo despedir á una ama tan ilustre... y tan primorosa para aliñar aceitunas!... Ya puede usted llevarse la sopera.

*Nic.* (¡Qué tortura!...) Al instante...

*Agust.* ¿Qué veo! Le tiemblan á usted las manos...

*Nic.* Algo... Los nervios... Siempre que hay tramontana...

*Agust.* Déjela usted... (A la criada.) Tómala tú. (La criada retira la sopera.)

*Nic.* (De cólera tiemblo.)

*Agust.* Está usted descolorida...

*Nic.* Sí; no me siento muy buena.

*Agust.* ¡Voto á sanes!... Pues ea, retírese usted y cuidarse. Esa moza basta para ser-

virnos. (La criada continúa sirviendo á la mesa.)

*Nic.* Pues con permiso de usted...

*Isab.* (En ademán de levantarse.) ¿Quiere usted algo? Iré...

*Nic.* (Con aspereza.) No quiero nada.

*Agust.* (En voz baja á Isabel.) No te muevas.

*Nic.* (Yéndose.) (¿Cómo se relame el arripiezo!... ¡Hum...! ¡si se le volviera rejalar...!)

## ESCENA XVII.

DON AGUSTIN, ISABEL, LA CRIADA.

*Isab.* ¡Cómo siento que la haya usted mortificado tanto!

*Agust.* Me encocora mucho esa mujer.

*Isab.* No hay motivo...

*Agust.* Sí; te echó cruelmente de mi casa...

*Isab.* Olvidelo usted como lo olvido yo.

*Agust.* Y es muy zangoñeta..., ¡y es tía de Jesualdo!

*Isab.* Pensará que yo he metido zizaña...

*Agust.* Que piense lo que quiera. Yo no tengo que dar cuenta de mis acciones ni á ella ni á nadie. Soy independiente.

*Isab.* La pobre se sentía indispueta...

*Agust.* No será cosa de cuidado. Ya la he mandado retirarse por consideración á su salud... y á mi vajilla. — Hablemos de otra cosa. ¿Conoces tú á la señora que vino antes?

*Isab.* ¿A doña Amparo? Yo no la he tratado. Lo que puedo decir es que vive ahí cerquita con una tía suya...

*Agust.* Ya lo sé.

*Isab.* Anciana é impedida; que es una jóven muy recogida de quien nadie habla mal. Apenas se la ha visto fuera de su casa desde que vino de Sevilla.

*Agust.* ¿No recibe visitas?

*Isab.* Que yo sepa, ninguna, excepto el médico del pueblo inmediato, que asiste á su tía, y es hombre ya entrado en años.

*Agust.* (¡Qué alma tan bella la de esta niña! De nadie habla mal.) No sabrán acaso los jóvenes del país que reside en él tan buena moza...

*Isab.* ¡Y mucho que lo es! Yo no he visto señorita con mas gracias y mas... Y tiene mucho ángel en aquella cara.

*Agust.* (¡Tampoco es envidiosa!) Tu elo-

gio es tanto mas laudable cuanto menos indulgentes suelen ser las mujeres cuando juzgan á otras.

*Isab.* Si me parece bonita, ¿por qué no lo he de decir?

*Agust.* Pues, sin embargo, aun eres tú mas linda que ella.

*Isab.* No es posible. ¿Cómo puedo yo compararme...? Yo, hija de un rústico, criada sin melindres al aire y al sol...

*Agust.* ¿No te miras al espejo?

*Isab.* Sí, señor, todos los días cuando me peino.

*Agust.* ¿Y qué opinas de tu cara?

*Isab.* Opino... que no es para espantar al coco.

*Agust.* ¿Ningun hombre te ha dicho que eres hermosa?

*Isab.* El primero y único que me lo ha dicho es Jesualdo; pero como es tan simple, es muy posible que le hayan engañado los ojos.

*Agust.* No, no le han engañado. Yo no tengo telarañas en los míos y te aseguro que eres muy bella.

*Isab.* Seria una descortesía el desmentir á usted y una temeridad el presumir que mi señor se proponga lisonjear á su humilde criada.

*Agust.* No. Te lo digo como lo siento.

*Isab.* El parecer bien á nadie disgusta: pero aunque otras se llenarian de orgullo al oír palabras tan agradables, yo no las interpreto sino como una prueba mas de la bondad de usted. (La criada se retira llevándose lo que pueda del servicio de mesa.)

*Agust.* (¡Si digo que es un tesoro! Ahora la daría yo... ¡Tente, Agustín! ¿Y la independencia?) (Se levanta y tambien *Isab.*) ¿Qué haría yo ahora, no durmiendo la siesta?

*Isab.* (Desocupando la mesa.) No sé... Podría usted dar un paseito á caballo después de tomar café.

*Agust.* Dices bien. ¿Llegó el caballo que mandé comprar en Sevilla?

*Isab.* Sí, señor; ya hace dos días. Un tordillo de muy buena estampa.

*Agust.* Pues hazme el favor de mandar que me lo ensillen, y entretanto dispondrás que nos sirvan el café en el jardín.

*Isab.* Sí, señor; pero no me irá con las manos vacías. (Entre *Isab.* y la criada, que ha vuelto, recoge y se llevan el resto del servicio de mesa.)

*Agust.* Deja, no... (Si, dejémosla que trabaje y así no olvidaré la distancia que nos separa.)

## ESCENA XVIII.

DON AGUSTIN.

Tomaremos juntos el café, porque ya lo he dicho; pero no vuelvo á sentarla á mi mesa. Quien quita la ocasion quita el peligro. Doña Nicanora ya tasca el freno; los demás criados murmurarán... *Isab.* es demasiado humilde para consorte-mia... ¡Consorte! Solo de pronunciar esta palabra me horripilo. Por otra parte, abusar de su candor, de su inocencia, sería una felonía.

## ESCENA XIX.

DON AGUSTIN, NICANORA.

*Nic.* Vengo á dar á usted una mala noticia, señor don Agustín.

*Agust.* ¿Mala noticia? Pues ¿qué ocurre?

*Nic.* Anteayer trajeron para usted un caballo tordo... ¡Soberbio animal!

*Agust.* Ya lo sé. Justamente acabo de mandar que lo ensillen para dar un paseo...

*Nic.* Lo siento; pero tiene usted que renunciar á ese gusto.

*Agust.* ¿Por qué?

*Nic.* ¡Animalito!

*Agust.* ¿Le ha dado algun torozon?

*Nic.* Peor que eso.

*Agust.* ¿Ha muerto?

*Nic.* Lo han requisado para la remonta del ejército.

*Agust.* ¡Por vida...!

*Nic.* Aquí tiene usted el recibo... (Le da un papel que don Agustín lee para sí.)

*Agust.* Con que ¿se lo han llevado?

*Nic.* Sí, señor.

*Agust.* Bien podía usted haberme avisado...

*Nic.* Por no hacerle á usted levantar de la mesa... Y además, era inútil. Los comisionados no tienen espera ni admiten excusas.

*Agust.* ¿Quién sabe si yo lo hubiera salvado...?

*Nic.* ¡Imposible! La órden es terminante y, lo que dijo el mariscal, ni el caballo de Santiago se libra de la requisición.

*Agust.* ¡Estamos frescos! ¿Es esta la independencia á que yo aspiraba? ¡Ni soy dueño de pasear á caballo!

*Nic.* (Me alegre por el ultraje que me has hecho.) Dicen que lo pagarán.

*Agust.* Sí; en tres plazos: tarde, mal y nunca.

*Nic.* Lo han tasado en veinte y cinco doblones...

*Agust.* ¡Lindo! ¡Y á mí me ha costado ciento!

## ESCENA XX.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

*Isab.* (Llega azorada.) ¡Ay, señor! ¿no sabe usted lo que pasa?

*Agust.* ¿Otra calamidad? ¿Te quieren requisar á tí tambien?

*Isab.* ¡Eh! no, señor. Luego que mandé ensillar el tordo...

*Agust.* ¡Échale un galgo!

*Isab.* ¡Qué! ¿Lo han robado?

*Agust.* Poco menos. Prosigue.

*Isab.* A mi salida del cenador de las lilas, donde acababa de dejar la bandeja con el juego de café, oigo un quejido... Me acerco á la tapia del jardín que cae á la espalda de la quinta y veo al otro lado de la verja... ¿Qué dirá usted? Un gran canasto de mimbres y dentro del canasto una criatura...

*Agust.* ¡Cielos!...

*Nic.* ¡Válgame santa Lutgarda! ¡Válgame san Ramon Nonato!

*Isab.* Un niño como de un mes de edad muy robusto...

*Agust.* Bien; ¿y qué tenemos con eso? Por allí estaria su madre...

*Isab.* No sé... Yo abrí la verja y á nadie vi... ¡Es un expósito!

*Agust.* Que lo sea. Mi casa no es inclusa.

*Isab.* Tenia este papel prendido á las mantillas con un alfiler.

*Agust.* (Leyendo el papel que le entrega *Isab.*) « Su desgraciada madre lo recomienda á la caridad del señor don Agustín. » ¡Esto nos faltaba! ¡Yo pagar culpas ajenas! ¡Yo prohibir lo que otro...!

*Nic.* No lo reciba usted. Eso es una infamia.

*Isab.* ¿Y qué va á ser del pobrecillo? Ni en la miserable aldea cercana, ni en todas estas inmediateciones habrá quien le recoja si usted le abandona.

*Agust.* Pero, hija mia, ¿cómo quieres tú que yo, sin comerlo ni beberlo...?

*Nic.* ¡Nada; aquí no cargamos con el mochuelo!

*Isab.* ¡Ah, señor! usted no tiene hijos...

*Agust.* ¿Y por eso me han de endosar los del prójimo?

*Isab.* Si viera usted... ¡Es tan hermoso!...

*Agust.* Si será; pero no es mio.

*Isab.* ¡Lloraba el angelito de Dios...!

*Nic.* Que lllore en hora buena; se lo ahorrará de... Nosotras no podemos darle de mamar. ¡Vaya que es frescura y desvergüenza!

*Isab.* Eso es lo de menos. Se le busca una nodriza.

*Nic.* ¿Nodriza? ¡No en mis días!

*Isab.* Mientras tanto, la mujer del aporador, que está criando, le dará teta...

*Nic.* De ningun modo. ¡Hola! Que mame del pezon de un carro.

*Agust.* Abandonarle es muy duro; mas por otra parte...

*Nic.* Señor don Agustín, la chanza es muy pesada...

*Agust.* En efecto...

*Nic.* Mire usted lo que hace. Porque su madre sea pecadora y desnaturalizada, no es justo comprometer la reputacion de mujeres honradas, que no son madres.

*Agust.* Es verdad.

*Nic.* Dirán luego malas lenguas que yo le he parido.

*Agust.* Permítame usted, doña Nicanora... Me parece que la edad de usted la pone á cubierto de semejantes sospechas.

*Nic.* Perdone usted; todavia no soy yo tan vieja ni tan... ¡Vaya! Y sobre todo, yo no soy la única que aquí lleva faldas. Sin ir mas lejos, ahí está *Isab.*, que es moza casadera y... ¿Qué dirá usted y qué dirá ella si la cuelgan el milagro?

*Agust.* Tiene razon. Si la malicia...

*Isab.* ¡Ah! ¿Qué me importa lo que pueda inventar la malicia? ¿Hay acaso contra ella ninguna honra segura? Dios sabe mi inocencia, y mi amo y señor no duda de ella: esto me basta.

*Agust.* Tranquilízate, *Isab.* Yo te amparo y te defiendo, y si alguien osara calumniarte, se acordaria de mí.

*Isab.* (Besándole la mano.) ¡Mi querido amo! ¡Mi único padre!... Pero considere usted que con cerrar su puerta á ese desventurado niño no me libra de los tiros de la envidia y de la calumnia. Basta que el ángel inocente haya llorado en los umbrales de la quinta y que yo me haya interesado por él para que me levanten un falso testimonio los que sean capaces de tanta maldad. — Pero no; no lo tema usted. Yo no he hecho mal á nadie. ¿Por qué he de tener yo tan perversos enemigos? ¡Oh!

Recibale usted, señor. No por vanos escrúpulos deje usted de hacer una obra buena. Oiga usted solo lo que le dicta su corazón compasivo, y no serán inútiles mis lágrimas, mis ruegos... Sí; de rodillas se lo suplico á usted. (*Se arrodilla sin poderlo impedir don Agustín.*)

*Agust.* ¿Qué haces? Levanta... (Me enternece.)

*Nic.* ¡Me degüella!

*Isab.* No dejaré de abrazar estas rodillas hasta que usted me prometa abrir sus brazos al huérfano. — Yo también lo soy; ¿y no he de rogar por mis semejantes? Mire usted que si me dice que no me voy á enfadar y le llamaré despiadado y egoísta.

*Agust.* ¡No más! Levanta... (Esta chiquilla hará de mí lo que quiera.) Recogeremos al párvulo.

*Isab.* (*Levantándose.*) ¡Ah! Dios le bendiga á usted.

*Nic.* Pero ¡señor! ¿es posible...?

*Agust.* Sí, que para resistir á clamores tan elocuentes es preciso tener el alma de risco... ó ser ama de gobierno.

*Nic.* ¡Hum!...

*Agust.* Sí, señora; le abrigaré en mi seno, le meceré en la cuna, le sacaré de pila...

*Nic.* ¡Hin!...

*Agust.* Y si es menester le mudaré los pañales y le daré papilla.

*Nic.* ¡Brrr!...

*Isab.* Pues vamos corriendo, por Dios, que si tardamos podrá morirse...

*Agust.* Sí, sí... ¡Cargar yo con esa pampa!; Voto á bríos!... Pero ¿qué remedio...?

*Isab.* ¡Señor!...

*Agust.* Vamos, vamos.

### ESCENA XXI.

NICANORA.

Esto es hecho. ¡Ya le ha embaucado esa hipócrita! Se le caerá la baba con el pelo advenedizo; será capaz de prohijarle el muy sandio... y entre las lagoterías de la huérfana, y los pinitos del huérfano... Pero, señor, ¡esto se ha convertido en un hospicio! — Y para colmo de desdichas vendrá una ama de cría zaña, pediguña, enredadora... ¡Oh qué horror! Quisiera no haber nacido.

Quisiera que esta cara no fuese mía... para cruzármela á bofetones. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN.

¡Sobre que no puedo olvidarme del canasto! ¡Vaya que es pejiquera!... El chico es como una plata, eso sí; pero me pone en un compromiso de mil diablos. De pensar en ello apenas he podido pegar los ojos en toda la noche. Ahora van á creer que yo soy su padre, y que he urdido una farsa para cubrir el expediente. De cualquier modo, tendré que hacer con él oficios de padre, y héme aquí con todas las incumbrencias é incomodidades de la paternidad, sin gozar de sus placeres. — No porque yo piense adoptar á ese mamón llovido del cielo; pero siempre es una carga... ¿Quién sabe si alguna desgracia pone á sus padres en la triste necesidad de ocultarse...? Los buenos pañales que envolvían á la criatura manifiestan que la indigencia no ha sido causa de su abandono. Algun día tal vez...

### ESCENA II.

DON AGUSTIN, ISABEL.

*Isab.* (*A la puerta del foro.*) ¿Da usted permiso?

*Agust.* Sí, querida. Tú siempre lo tienes.

*Isab.* ¡Vengo tan contenta...! Ya tenemos nodriza.

*Agust.* ¿Sí? Vaya; sea en hora buena.

*Isab.* Una mocetona como un castillo, sana, robusta, de buena pasta...

*Agust.* ¡Me va á comer un lado!

*Isab.* Ahora está dando de mamar á nuestro ahijado y le muestra tanto cariño como si le hubiera parido.

*Agust.* ¿Oyes?... Todo podría ser. La in-

dustria de la maternidad ha progresado mucho en todos sus ramos.

*Isab.* No, señor. ¡Si la nodriza es casada y todos la conocemos en casa! Destetará á su niño, que ya tiene catorce meses.

*Agust.* Volvámosla, pues, su crédito.

*Isab.* En el canasto había abundante envoltura para mudarle.

*Agust.* Vamos...; pleito por menos.

*Isab.* Por cierto que ahora al desocupar el canasto he hallado en el fondo esta carta.

*Agust.* (*Tomándola.*) Veamos... Esto puede que nos dé alguna luz. — El sobre es para mí. — Pronto me he hecho yo popular en esta tierra.

*Isab.* Su nombre de usted... Sus riquezas... Si fuera usted un cualquiera, nadie hubiera hecho alto...

*Agust.* (*Después de abrir el pliego.*) Leamos. — « Se suplica al señor don Agustín que conserve el papel adjunto, mitad del que guarda la madre de este niño, y con el cual se dará algún día á reconocer. » — ¡Esto pica en historia! — Aquí está el papelito, cortado irregularmente para que solo pueda casar con el pedazo que le corresponde, y dice así: — « Este niño se llama José... Está bautizado en la villa de... » — Bien; no es malo que nos ahorremos el bateo. — « Y sus padres se llaman don... y doña... » Puntos suspensivos. — ¡Hemos adelantado bastante! Ni el mismo Edipo acertaría esta quisicosa. (*Guarda los papeles.*)

*Isab.* Yo compadezco á esa madre, que es mucho tormento haber de renunciar á las caricias de un hijo; aunque á decir verdad, mal ha hecho en apartarle de su regazo.

*Agust.* ¿Qué sabemos?... Acaso no estará casada, y porque no ande su honor en las lenguas del vulgo...

*Isab.* ¡Buen modo de entender el honor! ¡Hubiera mirado antes por él y hoy no tendría que temer las hablillas de las gentes!

*Agust.* Habrá pagado como otras su tributo á la inexperiencia, á la fragilidad de su sexo. Víctima tal vez de algún infame seductor...

*Isab.* ¿Y qué culpa tiene el inocente niño de que ella fuese seducida? ¡El qué dirán!... ¡El honor!... Ahora con ser mala madre se deshonra dos veces.

*Agust.* ¡Oh, Isabel!... Eres... (Ya vuelve á peligrar mi independencia.) Tienes muy buenos sentimientos, Isabelita. Tu serás un día tierna esposa y excelente madre.

*Isab.* ¡Calle usted, señor! ¿Quién piensa en eso?

*Agust.* Nada tendría de particular; ni tú serías culpable si alguna vez te asaltasen las ideas que á otras de tu edad causan tantos desvelos.

*Isab.* ¡Oh! le aseguro á usted que ningún deseo, ningún cuidado turba la quietud de mi sueño.

*Agust.* Sin embargo, yo tendré mucha satisfacción en verte honrada y decentemente establecida. Deseo muy de veras que seas feliz, y no omitiré diligencia para conseguirlo.

*Isab.* ¡Ah, señor! ¡No lo soy bastante con los favores que usted me prodiga!

*Agust.* Con tus bellas dotes naturales, y la que yo te daré, no dejaré de presentarse á solicitar tu mano algún joven mas digno de tí que ese hotentote de Jesualdo.

*Isab.* ¡Válgame Dios! Me hace usted saltar las lágrimas con tanta... Yo no tengo prisa de casarme; yo no ambiciono otro estado... Al contrario; la sola idea de separarme de mi buen amo me entristece. Mas ya que le tengo á usted en lugar de padre, debo ser dócil á sus consejos y respetar sus preceptos. Si algún día tiene usted á bien disponer de mi mano, yo se la daré á quien usted me mande.

*Agust.* Bien: no te arrepentirás... ¡Diantre de chica!... Se me va entrando en el corazón como Pedro por su casa.)

*Isab.* ¿Tiene usted algo que mandarme?

*Agust.* Quisiera que... No; no quiero nada.

*Isab.* Pues con licencia de usted me retiro. (*Vase por la izquierda del foro al llegar por la derecha del mismo Nicanora.*)

*Agust.* Anda bendita de Dios. (¡Ay!...)

### ESCENA III.

DON AGUSTIN, NICANORA.

*Nic.* (¿No digo? Siempre juntos. ¡Qué inmoralidad! ¡Qué escándalo!) Señor, ahí está un militar que desea hablar con usted.

*Agust.* Digale usted que éntre y déjenos solos.

*Nic.* (*Desde el foro.*) Pase usted adelante.